

Sabios y locos de mis libros que me habéis familiarizado con la subversión, vuestro lugar sigue estando aquí. En ninguna parte. En medio de las arenas donde, acostado sin querer morir todavía, a menudo he dejado mis manos abrirse al vacío.

Profetas subversivos del árido reino donde os he reunido, habéis llenado mis años con vuestras sentencias, acribillado mi cielo con vuestras preguntas insistentes, sepultado mis certezas bajo vuestros pasos.

«El universo es un libro en el que cada día es una página. Tú lees una página de luz —de despertar— y una página de sombra —de sueño—; una palabra de aurora y una palabra de olvido», había anotado él.

El desierto no tiene libro.

En el principio era el Todo y el Todo era el verbo sagrado y el verbo sagrado era el infinito silencio que ningún ruido, ningún sonido, ningún soplo había turbado.

Una vez concebido por el hombre, el Todo se abismó en la Nada y la Nada era el vocablo y el vocablo era el libro y el libro era la confusión.

De esa confusión, ¿conoceremos alguna vez el alcance?

El acto de escribir ignora toda distancia. Elevar lo efímero —lo profano— al rango de lo perdurable —lo sagrado—, ¿no es ésta la ambición de todo escritor?

Así, la escritura, de una obra a otra, no sería más que el esfuerzo de los vocablos por agotar el decir —el instante— para refugiarse en lo indecible que no es lo que no puede ser dicho sino, al contrario, lo que ha sido tan íntimamente, tan *totalmente* dicho que no dice más que esa intimidad, esa totalidad indecible.

Lo profano y lo sagrado no serían, entonces, más que el preludio y el término de un mismo compromiso: el que consiste, para el escritor, en vivir la escritura hasta el umbral del silencio donde ésta lo abandonará; silencio insostenible desde donde el universo sorprendido emerge para perderse, a su vez, en el vocablo que lo asume.

Si admitiésemos que lo que nos inquieta, lo que nos altera, lo que nos pone febrilmente en cuestión es, en principio, profano, podríamos deducir que, de alguna manera, lo sagrado, en su persistencia desdeñosa, sería, por una parte, lo que nos paraliza, una especie de muerte perpetrada en el alma y, por otra parte, el decepcionante resultado del lenguaje, el último vocablo petrificado.

Asimismo, sería en su relación con lo profano y a través de él que lo sagrado se experimenta, no ya como sagrado sino como sacralización de lo profano ebrio de exceso; como prolongación indefinida del momento y no como eternidad ajena al instante;

porque la muerte es cosa del tiempo.

¿No es, justamente, a través de la intervención de la palabra, incapaz de apropiarse del decir, como la eternidad toma conciencia de su incompatibilidad con el lenguaje?

Al Dios invisible le hacía falta un Nombre impronunciable.

Escribir —ser escrito— sería entonces, sin que nos diésemos cuenta obligatoriamente, pasar de lo visible —la imagen, la figura, la representación cuya duración es la de una aproximación— a la no-visibilidad, a la no-representación, contra las cuales lucha, estoico, el objeto; de lo audible, cuya duración es la de una escucha, al silencio en que, dócilmente, acaban ahogándose nuestras palabras; del pensamiento soberano a la soberanía de lo impensado, remordimiento y supremo tormento del verbo.

»Escribir sólo consistiría, entonces, en facilitar ese intercambio de claves entre palabras. Es lo que yo llamaría la relación instintiva con el texto», decía él, de nuevo.

«Es obvio —había anotado— que la palabra *azur* evoca la palabra *cielo* pero no la revela. La palabra *vacío*, en cambio, podría revelarla.

»Si escribo: *Antes de ser negro, azul fue el vacío de mi alma*, cubro, con esta única frase, toda la extensión del cielo.»

«No es el escritor —había anotado también— quien posee la clave del texto, tampoco la posee el texto tal y como se ofrece en su lectura, sino aquello que no se ha dejado encerrar en la palabra.

»La clave es, sin duda, esa carencia, denunciada en el libro por algunos vocablos, portadores, ellos mismos, de una ausencia inmemorial: carencia en el infinito de la carencia.

»Es lo que no se ve lo que nos permite ver.»

Todos los silencios están concentrados en las cuatro letras de la primera y última palabra silenciosa: Dios.

Cuatro es el número del infinito.

El manajo de llaves de Dios está escondido en el Texto. Ese don divino obrado a los vocablos se encuentra en el origen de su íntima y demencial ambición.

Todo pensamiento está sujeto al capricho de una llave.

El espacio de una palabra, ni el hombre ni la palabra podrían cercarlo: es imaginario.

La imaginación tiene sus límites: los de una realidad excesiva.

Imaginar es crear más. Ese 'más' no se puede precisar.

La imaginación tal vez no sea más que un pensamiento liberado del peso de su origen; la audacia de una palabra visionaria al borde, de repente, del universo.

Hasta la piedra más pequeña está inundada de infinito.

